

# *Mila Scott*

*El despertar  
del fuego*

CAPÍTULO DE MUESTRA  
SIN VALOR COMERCIAL

Mila Scott. El despertar del fuego

©María Villegas, 2018

©Editorial Planeta Colombiana S.A., 2018

Calle 73 No. 7-6c, Bogotá (Colombia)

[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

Ilustraciones: Ivan Chacón

Primera impresión: septiembre de 2018

ISBN 13: 978-958-42-7120-4

ISBN 10: 958-42-7120-2

Diseño y diagramación:

Departamento de diseño Editorial Planeta Colombiana S.A.

Impresión: XXXXXX

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

MARÍA VILLEGAS

# Mila Scott

*El despertar  
del fuego*

CAPÍTULO DE MUESTRA  
SIN VALOR COMERCIAL

DESTINO





*A mi amorosa hijita Hannah, quien entre sus flores e ideas ayudó a iluminar el camino de este libro.*



## Epílogo

Hay dos tipos de personas en el mundo: aquellas que —como yo— creen que las hadas solo forman parte de los cuentos infantiles y son mujeres dulces y regordetas, rodeadas de estrellas y chispitas, que con su varita pueden hacer vestidos de fiesta, cambiar destinos, secar lágrimas y ayudar a encontrar príncipes azules; y otras que —como mi abuela— aseguran que las hadas son reales, esenciales en el universo, y se encuentran camufladas en la naturaleza y entre los hombres. Para estas, las hadas pueden ser femeninas o masculinas, asumir formas animales o florales y hasta ser más poderosas que cualquier mago.

Por mucho tiempo pensé que mi abuela había enloquecido a causa de tantos cuentos de fantasía que debió leer durante su infancia y que acostumbraba a leerme cada noche cuando iba a visitarla. Sin embargo, una serie de pistas y extraños acontecimientos me

llevaron a entender que las cosas invisibles son mucho más reales que las que nos rodean.

Ahora, soy yo la que ve a las hadas, puede hablar con ellas, sabe que existen y lo puede probar. No obstante, como este no es un cuento de fantasía, no quiero hablar de cuán bonitas, mágicas y poderosas son, sino desafiarte a que las encuentres, las veas con tus propios ojos e incluso puedas ser su amigo... Claro está que, si quieres serlo, debes saber cultivar y conservar su amistad porque esta te va a durar toda la vida, y si la traicionas: ¡pobre de ti!

Cuando están de buen humor y se sienten valoradas, las hadas pueden mantenerte en sintonía con el universo, recargar tu energía y potenciar tu sexto sentido. Ahora, hay muchas especies, no todas amigables con los humanos, pero yo te ayudaré a identificarlas. Sin embargo, si tienes buenas intenciones y la certeza de poder encontrarlas, de seguro también te revelarán la magia, los misterios de las dríadas y hasta el secreto de la felicidad.

¿Cómo puedes ponerte en contacto con las hadas? Lo sabrás a su debido tiempo. Por ahora, lo que necesitas es saber mi historia, aprender su lenguaje y conocer sus normas de cortesía, porque nunca se sabe cuándo te vas a encontrar con una hada de linaje real. Algunas de ellas, por no decir que muchas, tienen



apariciencia humana y son difíciles de reconocer. Las conozco y sé cómo pueden camuflarse y qué son capaces de hacer.

Al menos una vez en la vida, todos hemos estado en contacto con un hada sin saberlo. Voy a darte las pistas necesarias para reconocerlas y evitar que te engañen de nuevo. Eso sí, al lograrlo, debes guardar el secreto. Cualquier imprudencia podría desatar un caos.

Ahora que conoces la enorme responsabilidad que vas a tener sobre los hombros, quiero contarte cómo fue que, a mis catorce años, gracias a mi abuela y a su extraño juego del tesoro, me encontré con las hadas.

Afina bien tus sentidos porque mientras lees este libro es probable que ellas empiecen a volar a tu alrededor. Sé cauto y veloz con la mirada porque se mueven con la rapidez de un relámpago.





De los 200 días al año que había que ir al colegio, “El lunes de las mezclas” o *Le Lundi des mélanges*, como le decíamos, era el único al que realmente me gustaba ir y no faltaba por nada del mundo, así tuviera gripa, fiebre o una pierna enyesada.

Les Amandes, entre los colegios de París, tenía fama de organizar los mejores bailes de fin de año. La fiesta era toda una alfombra roja, con DJ, espuma, carnaval, antifaces, *crêpes*, *petits fours* y demás pastelitos, así como toda clase de *boissons* y cocteles sin alcohol. Esta fiesta era la oportunidad para que las niñas fuéramos de vestido de fiesta, y los niños, de tenis y corbatín.

Aunque el baile era genial, el día realmente imperdible era hoy, cuando anunciaban con quién tenías que ir. Este era el único y gran problema de toda la fiesta, que tu pareja de baile no la escogías tú. Sé que suena descabellado, pero a la directora Adder se le ocurrió

la “brillante” idea de *mélanger* la lista de niños con la de niñas, supuestamente para fomentar la integración entre los estudiantes, pero nunca se imaginó el drama adolescente que su “creativa” decisión ocasionaba.

El salón se hallaba en silencio. Todos estábamos petrificados y con los ojos abiertos como huevos fritos. El aire estaba tan pesado que se podía masticar. Todo era nervios e incertidumbre. El vocero del baile estaba frente al salón, tomó aire, carraspeó y empezó a leer.

—Bélén Zahid y Damien Abbes —leyó el vocero, un poco encartado con las listas.

El vocero no era otro que el profesor de teatro disfrazado con peluca blanca y frac, leyendo los nombres como si se tratara de un mensajero real. Aunque en cualquier otra ocasión los niños de mi curso lo habrían chiflado, su mensaje era tan decisivo que nadie se atrevía a interrumpirlo.

Luego de un corto silencio, todo el salón soltó una carcajada. El pobre Damien, que finalmente se puso de pie junto con Bélén, caminó hasta el frente para recibir su tarjeta de invitación; él no sabía dónde esconderse, solo veíamos arder sus mejillas de la vergüenza.

—¿En serio? Bélén es enorme, Damien jamás podrá darle una sola vuelta en la pista —me susurró Chloé con evidente indignación.

Jamás la había visto tan preocupada, pero, a decir verdad, la entendía perfectamente; hoy la suerte definiría si íbamos a ser las reinas del baile o el hazmerreír *du lycée*.

Durante la lectura de parejas, para que no se me notara lo ansiosa que estaba, saqué el encendedor que siempre cargaba en mi bolsillo y me puse a jugar con él. Ver el fuego me producía siempre una extraña sensación, me hacía sentir poderosa.

—¡Guarda eso! Te vas a meter en un problema —me dijo Chloé con cierta voz de angustia.

—¡Lo siento!

En ese momento recordé lo que siempre me decía mi psicólogo, Mr. Kyōfu, y liberé mi ansiedad dibujando a toda velocidad. Era muy buena en ello. Curiosamente me salió un guerrero mitad hombre, mitad águila. Los nervios y la incertidumbre me estaban matando. Solo quería que me dijeran quién iba a ser mi parejo, y ¡listo!

Esperaba con ansias que se acabara el año. No tenía queja alguna, la verdad, había sido ¡*superbe!*, tanto así que, si tuviera que escoger el mejor año de mi vida y calificarlo, sin duda sería este, y le daría una doble “A”, una por Alegre y la otra por Atípico. ¡Me pasó de todo! Con catorce años, fui promovida a *deuxième* por

buenas notas, conocí a Chloé, mi mejor amiga, y al niño más guapo del universo entero.

Chloé y yo no teníamos mucho en común; en lo único que coincidíamos era que ambas nos habíamos quedado sin amigas, ella por estar repitiendo el año y yo por haber sido promovida. Físicamente éramos el agua y el aceite, yo la más chiquita, ella la más alta; yo la más flaquita, ella más gordita. Creo que nos habíamos juntado más como una estrategia de supervivencia.

—Naomi Yung y Julien Dumont.

“Por fin una pareja atinada”, pensé.

—Generalmente voy después de la karateca —dijo Chloé casi triturándome los dedos de un apretón.

—Chloé Veillard y Jérôme Lelarge.

El salón murmuraba extrañado.

Estaba impresionada: Chloé iba a bailar finalmente con su amor platónico.

—¿Por qué tenemos que bailar con los del último año? ¿Acaso quieren ponernos en ridículo? —preguntó acalorado Jean-Pierre Lancôme. Era beligerante, contestatario, y jamás se quedaba callado.

Chloé respiraba con tal velocidad que se puso blanca como un papel. Lo bueno de ella era que no tenía que ser psicólogo para saber qué le estaba pasando, pues todo se le notaba en la cara. Era obvio que

se estaba muriendo, porque su deseo se había hecho realidad.

—Un momento —dijo el vocero aturrido pasando hojas y listas a gran velocidad—. Perdón, se me cruzó su lista con los alumnos de *terminale*... Ya está. Gracias, señor Lancôme, como ve, se trató de un error, nadie quería ponerlo a usted ni a sus compañeros en ridículo —dijo el vocero con una risita tonta, como tratando de disculparse.

Chloé estaba furiosa con la equivocación.

—La señorita Chloé Veillard y el joven Bastian Duserre —corrigió el vocero.

—Fue bonito mientras duró —dijo Chloé y dejó caer la cabeza sobre el pupitre totalmente frustrada.

Bastian sonreía mientras saludaba con la mano a Chloé desde la distancia. Realmente estaba feliz por Chloé, al menos ella iba a tener un buen parejo de baile. Supe que en unas fiestas de años anteriores se armaban grupos de niños a un lado y niñas al otro, y se pasaban toda la velada inmóviles, cruzándose miradas aterrorizadas. Esta fiesta de fin de año iba a ser la primera para mí.

—El asmático del grupo de danza. Él baila superbien... siempre y cuando no se agite —le dije entre dientes.

—Muy graciosa. ¡Ojalá que te tocara de parejo tu famoso Aiden! —me contestó molesta.

—Eso no lo digas ni en broma. Además, él ni siquiera estudia aquí —le contesté, fulminándola con la mirada.

Aunque supe salir del aprieto con dignidad, mis mejillas todavía ardían de la vergüenza. Podía sentir las alumbrando como si hubiera prendido una linterna en mi boca.

¿Aiden de parejo? No sé dónde vive o su apellido, pero ese niño me flechó. Bailar con él sí que habría sido un rotundo... ¡WOW! Pero hay que ser realista, soy tan blanca como el tofu, pecosa como si me hubieran estornudado chocolate y mi pelo es de color rojo indomable. ¿Qué pensarías si alguien como yo tuviera una cita con el niño más lindo del universo? Ni hablar, sería la comidilla de todos. Para mí, Aiden superaba con creces a cualquier cantante, actor, presentador o modelo.

—Laura Noret y Richard Laxague.

Ese es otro buen *match*, Laura y Richard hacen linda pareja. Ambos fuertes, aventureros y amantes de la naturaleza.

Desde que conocí a Aiden he tenido un pensamiento que no logro sacarme de la cabeza: ¿cómo reaccionaría papá si se lo presentara? De seguro, le haría



crujir los dedos con el apretón de manos. En vez de médico, debió haber sido algún tipo de agente secreto.

A lo lejos seguía el vocero leyendo nombres y parejas desaparejas, sin embargo, se me hacía extraño que no me hubieran nombrado todavía.

—Mila, nombraron a casi todos, de seguro ya casi te toca —chilló Chloé en mi oído.

—Justine Urrea y Jean-Pierre Dunant.

Pobre Jean-Pierre, él era uno de los niños más solidarios y generosos que conocía y preciso le tocó con Justine, la encarnación de la belleza y la maldad. Pasaron al tablero por la tarjeta de invitación.

—Estoy feliz de poder ser tu parejo —le dijo el niño, tratando de romper el hielo.

—No te confundas, solo serás mi edecán —le contestó ella rapándole la tarjeta.

Por fin seguía mi turno y era el momento de afrontar la cruda verdad... ¿Con quién debería bailar?

—Mila, su caso es atípico, por favor hable con la rectora.

De improviso, sonó el chillido tan odiado por todos en el salón. Era el parlante de rectoría que solo se activaba cuando alguien era requerido allí.

—Señorrita Mila Scott, favorr presentarrse de inmediato en rectorría.

—*Et voilà!* —dijo el vocero, extrañado ante la casualidad.

Esa forma de pronunciar la “r” era famosa. La mismísima directora Adder me necesitaba en rectoría.

Como era costumbre, todos me abuchearon como si fuera a recibir el peor castigo de la vida. Hice un poco de tiempo alistando mis cosas para que, tal vez, el profesor pudiera darme más detalles de lo que pasaba. Sin embargo, con ojos fríos y total claridad de lo que yo pretendía, me dijo:

—*Mademoiselle* Scott, por favor, colabóreme con su ausencia para poder seguir con la actividad.

No tuve más remedio que irme del salón sin saber quién sería mi pareja. Ahora me asaltaba otra duda... ¿Qué había hecho para que me llamaran de rectoría justo en este momento?